



VIDA

DE

FRAY LUIS DE GRANADA.

No ha sido la nombradía de Fr. Luis de Granada escasa en propagadores, ni su vida en biógrafos, como las de otros muchos grandes ingenios que, para deshonra de sus contemporáneos, apenas dejaron huellas de su existencia en la memoria de los hombres. El primero que intentó consignar á la posteridad los sucesos del ilustre granadino, fué el boloñés Fr. Jerónimo Joanini Capuano. Su obra, precedida de un largo discurso, y escrita en italiano, vió la luz pública en Venecia, año de 1595. El P. M. Fr. Francisco Diego, cronista de la orden de Santo Domingo, en la provincia de Aragon, publicó en 1605 una breve relacion de la vida de nuestro autor, y con los datos que ella encierra y algunos otros, redactó otra biografía, que no ha sido impresa. Fr. Francisco de Olivera, amigo y compañero de Fr. Luis; Fr. Juan de Marieta en un sumario publicado en 1604; el obispo de Monópoli, cronista de la orden, y los PP. Fr. Luis de Cazegas y Fr. Luis de Sousa, que ejercieron el mismo cargo en la provincia de Portugal, no añaden cosa importante á las noticias que habian dejado sus predecesores. Por último, el licenciado Luis Muñoz escribió para la edicion completa de las obras de Fr. Luis, que se dió á luz en Valverde en 1750, la historia mas acabada que poseemos del ilustre escritor, bien que no le fué dado reparar los vacíos que en ella habia dejado la indolencia de sus contemporáneos. De esta vida hizo uso la viuda de Ibarra, en su hermosa y bien dirigida edicion de 1788.

Fué D. Luis Muñoz un hombre muy notable en su época, aunque empezó su carrera de simple procurador de los Consejos. Obtuvo despues el empleo de relator del patrimonio Real, y dedicó el tiempo que un destino poco laborioso le dejaba libre, al cultivo de las letras, y á la lectura de las obras piadosas. La biografía fué el ramo de literatura que escogió para ejercitar su pluma, y las obras que compuso en este género, le adquirieron gran reputacion entre sus contemporáneos. Estas obras fuéron:

*Vida de San Carlos Borromeo*; Madrid, 1626, en 4.º

*Vida del Venerable Siervo de Dios, Maestro Juan de Avila*; Madrid, 1635, en 4.º: obra que tradujo en italiano un padre jesuita, y publicó en Milan, 1667.

*Vida de Fr. Bartolomé de los Mártires, de la orden de Santo Domingo, Arzobispo y Señor de Braga, sacada de las historias que de él escribieron los PP. Fr. Luis de Granada, Fr. Luis de Cazegas y Fr. Luis de Sousa, de la misma orden*; Madrid, 1645, en 4.º

*Vida y virtudes del venerable varon el P. M. Fr. Luis de Granada*; Madrid, 1639, en 4.º

*Vida que el siervo de Dios Fr. Diego Lopez hizo en algunos lugares de la Nueva España*; Madrid, 1642, en 4.º

*Vida y virtudes del venerable P. Camilo de Lellis, fundador de los clérigos regulares, ministros de los enfermos, que llaman agonizantes*; Madrid, 1655, en 4.º

*Vida y virtudes de la Venerable Virgen doña Luisa de Carvajal y Mendoza, su jornada á Inglaterra y sucesos de aquel reino*; Madrid, 1652, en 4.º

*Vida de la Venerable Madre Mariana de San Josef, fundadora de la Recoleccion de las monjas*

*augustinas, Priora del real convento de la Encarnacion, hallada en unos papeles escritos de su mano; sus virtudes observadas de sus hijas; Madrid, 1645, en folio.*

La vida de Fr. Luis de Granada, escrita por Muñoz, excede á todas las anteriores en copia de noticias, aunque dista mucho de la perfeccion, y omite no pocos datos relativos á los trabajos literarios de aquel varon distinguido. Ha suplido en parte esta falta D. Nicolas Antonio, en términos de no dejar nada que desear á los que gustan de esta clase de investigaciones. Con estos escasos materiales, y bien persuadidos de la inutilidad de cuantos esfuerzos podriamos hacer para llenar tan importantes vacíos, hemos trazado el siguiente bosquejo, en pro del cual reclamamos, vista la magnitud de la empresa, la benévola indulgencia de nuestros lectores.

Ignórase el día y el mes del nacimiento de Fr. Luis: solo se sabe el año, que fué el de 1504, y su patria que fué Granada, conquistada doce años ántes á los moros por las armas de los Reyes Católicos. Llamábase su padre N. Sarriá, natural del pueblo del mismo nombre en Galicia, y fué uno de los muchos pobladores que acudieron á la ciudad atraídos por los grandes privilegios que á estos advenedizos se ofrecían. Murió en los primeros años de la niñez de su hijo, dejando á su familia en tal desamparo, que su viuda ganaba el sustento como lavandera del convento de dominicos recién fundado en aquella capital, y cuando esta labor le faltaba, vivía del pan que aquellos padres caritativamente le suministraban.

Una casualidad feliz, ó mas bien, uno de aquellos acaecimientos que la Providencia dispone para la conservacion de sus altos fines, sacó á Luis de su pobreza y desamparo. Jugaba un día con otros niños de su edad en las inmediaciones de la Alhambra, y del juego resultó venir á las manos y maltratarse uno á otro. A la sazón se asomaba á una ventana de aquella fortaleza su alcaide el conde de Tendilla, el mismo que tremoló por primera vez en sus muros el pendón castellano el mismo día de la rendición. El Conde reprendió á los luchadores, con cuyo motivo se acercó sin empacho Luis, y con tan buenas razones, y en tan concertados términos procuró justificarse y paliar su falta, que el ilustre guerrero quedó prendado de su ingenio y compostura, y mandó hacer averiguacion de su familia y circunstancias. En vista del resultado, el Conde encargó á uno de sus familiares la manutención y enseñanza del huérfano. Muy en breve granjeándose mas y mas la benevolencia de su protector, entró á servir como paje, y quizás como compañero de estudios y juegos, á los hijos del magnate. Con ellos bajaba todos los días de la Alhambra á la ciudad, donde aquellos jóvenes asistian á una clase de gramática latina. Luis llevaba sus libros, y recibía las mismas lecciones que ellos.

Es tradicion conservada en Granada y en la órden de Santo Domingo, que Luis mostró una precocidad extraordinaria en los estudios; que desde muy temprano descubrió grandes disposiciones oratorias, y que inclinado á la carrera eclesiástica, que era entónces la de mas esperanzas y lucimiento, se inició en ella, no pudiendo aspirar á mas, como acólito de la Capilla Real de la iglesia catedral de aquella metrópoli. La asidua asistencia á los oficios divinos en que diariamente tomaba parte, desempeñando su modesto ministerio, fortificó en su alma los sentimientos religiosos, á que tanto se inclinaba, y ardiendo en deseos de perfeccion, como todos los hombres de luces privilegiadas y de carácter firme, se decidió á separarse del mundo, á dedicarse á la vida monástica, y á entrar en la gran familia de los Predicadores. A la edad cumplida de diez y nueve años, en el de 1524, tomó el hábito de novicio en el convento dominicano de Santa Cruz, fundado por los reyes conquistadores en uno de los mas bellos edificios que habian construido los árabes en la última y mas cara de sus posesiones. Un año despues, en 15 de junio de 1525, profesó en el mismo convento despues de un laborioso y edificante noviciado, y abandonando el apellido de su familia, lo reemplazó con el nombre de la ciudad de su nacimiento, bajo el cual ha ganado en el mundo literario tan excelsa nombradía.

Ni las obligaciones de su nuevo estado, ni su ferviente consagracion al estudio y á los ejercicios piadosos, impusieron silencio en su corazón á los sentimientos de la naturaleza, ni á las obligaciones que imponen sus vínculos. Su piedad no era de aquellas que concentrándose en el individuo, ofrecen tantas analogías con el egoísmo mundano. En la soledad del claustro no olvidó á su madre, y no pudiendo disponer de ninguna otra clase de auxilio, previa la licencia de su prelado, dividía con ella la pobre racion que le tocaba en el refectorio. Su afecto filial no se desmintió jamas, ni aun en medio de la celebridad que despues le granjearon su elocuen-

cia y su religiosidad en el púlpito. Predicando una vez rodeado de un concurso numerosísimo, y viendo entrar á su madre en la iglesia, interrumpió su discurso, para rogar á los oyentes abriesen paso á la venerable anciana.

La clase de corista, á la que pasaban los religiosos de la órden inmediatamente despues del noviciado, exigía un celo ardiente, un gran vigor de espíritu, y no pocas fuerzas físicas. Las horas canónicas que se rezaban en comunidad á media noche, en las primeras horas de la mañana, y en las últimas de la tarde, ocupaban una parte considerable del día. Reclamaban el restante, la asistencia á las aulas, y el estudio necesario para el desempeño que ellas imponían. Cada convento de Santo Domingo era una especie de universidad en que se seguían cursos completos de letras humanas, filosofía, teología dogmática, escolástica y moral, y los otros estudios que á estos sirven de complemento y perfeccion, como la exposicion de la Biblia, las sabatinas ó conclusiones públicas y privadas, la lectura de los Santos Padres, y los ensayos prácticos de oratoria sagrada. En todos estos ejercicios sobresalió Fr. Luis; en todos excedió á sus compañeros; en todos atrajo la atención y mereció los aplausos de sus superiores. No tardó en presentarse una ocasion oportuna de recompensar sus esfuerzos, y de poner en claro su superioridad.

Los colegios mayores eran á la sazón unas corporaciones distinguidas y privilegiadas, en que solo hallaban entrada los que, por sus aprovechamientos, meritoria conducta y grandes dotes de inteligencia y aplicacion, eran juzgados dignos de iniciarse en la parte sublime de las ciencias, para ejercer despues con éxito los deberes de la enseñanza universitaria. Distinguiase entre estos establecimientos el de San Gregorio de Valladolid, propio de la órden de Santo Domingo, fundacion de uno de sus mas ilustres hijos, D. Fr. Alonso de Búrgos, obispo de Cuenca, Córdoba y Palencia, y dotado por él con rentas pingües, y con un magnífico edificio para alojamiento de los colegiales. Cada convento de la provincia, y entre ellos el de Santa Cruz de Granada, nombraba dos de estos jóvenes, y reemplazaba sucesivamente las vacantes. Hallándose en este caso una de las prebendas ó becas de aquel colegio pertenecientes al convento de Santa Cruz, Fr. Luis fué designado por unanimidad de los padres electores, para obtener aquella honorífica distincion. En nuestras costumbres modernas no es fácil formar una justa idea de la importancia que se daba entónces á los estudios mayores, y á las prácticas escolásticas. El interes que excitaban estas materias era general é intenso. No estaba vulgarizada la política, ni erigida en ocupacion diaria la literatura amena, ni llamada la atención pública por la lucha de los partidos, ni por el ansia de obtener empleos, ni por el espíritu de especulacion, ni por ninguna otra de las novedades que han traído consigo las revoluciones y las vicisitudes de los tiempos. Las órdenes religiosas y las universidades eran, despues del trono y la alta jerarquía eclesiástica, los puntos culminantes de la sociedad: ellas guiaban la opinion, despertaban el interes del público, daban subsistencia y bienestar á innumerables familias, y los honores que en aquellas regiones se obtenían, eran mas apetecidos y encumbrados en la opinion, que todos los que han inventado despues los monarcas y los gobiernos. La ciencia y la profesion religiosa eran independientes en sus fallos, y hasta cierto punto, democráticas en su organizacion. A lo ménos, en ellas la autoridad estaba en muchos casos vinculada en la mayoría, y ni la nobleza genealógica, ni el influjo del poder, ni el poderío de las clases altas preponderaban en los consejos de aquellas instituciones, sobre el mérito sólido, los servicios acendrados, y la reputacion bien adquirida. Para que un joven nacido en la pobreza arrancase de un congreso de ancianos sabios y justos un galardón como el que obtuvo Fr. Luis de Granada en la ocasion á que nos referimos, era preciso que reuniese las prendas mas eminentes, las disposiciones mas felices, y las costumbres mas inocentes y puras.

La inauguracion de Fr. Luis en el colegio de Valladolid, se verificó en 11 de junio de 1529, y desde aquel día se abrió á sus ojos una nueva perspectiva de adelanto y perfeccion. No satisfecho con el cultivo de la literatura en todos sus ramos, cuyas flores supo esparcir tan copiosamente en sus obras, ni con los estudios teológicos que el reglamento del colegio le imponía, ni con la aplicacion que daba á la oratoria del púlpito; resuelto como lo estaba á dedicarse con preferencia á este ejercicio, penetró en los recónditos arcanos de la teología mística, para la que tantos alicientes hallaba en la natural ternura de su corazón y en su imaginacion eminente-

mente exaltada y poética. Los progresos que hizo en esta ciencia divina han dejado rastros luminosísimos en muchos de sus escritos. De cerca de trescientos distinguidos escritores místicos y ascéticos con que se honra la literatura española, ninguno ha excedido á Fr. Luis de Granada en suavidad de estilo, variedad de imágenes, y cordura y sobriedad en los sentimientos; y debemos insistir muy particularmente en estas dos últimas cualidades, porque son las mas raras en los que cultivan esta parte sublime de la teología.

A esta época de la vida de nuestro autor se refiere una anécdota que ninguno de sus biógrafos ha omitido, y que acredita al mismo tiempo sus adelantos en el camino de la virtud, y la elección que en él habia hecho la Providencia divina, para que sirviese de instrumento á la salvacion de las almas. Vamos á referirla con las mismas palabras de Luis Muñoz, convencidos de que el estilo y las locuciones de aquellos tiempos se acomodan mas fácilmente á narraciones de esta clase, que la fraseología de nuestros dias.

«Estando una noche, cerca de las once, el devoto colegial disciplinándose asperísimamente, invocando al cielo, entre los golpes, amargos gemidos de lo último del corazón (música agradable á Dios, seguro que gozaba una gran soledad, y que no sería oído por la hora y el lugar que habia escogido, una celda apartada de las otras para poder con ménos nota darse á sus ejercicios), acertaron á pasar á esta sazón dos caballeros mozos, resueltos á lograr cierta ocasión, en gran ofensa de Dios, de las que han menester toda la oscuridad de la noche para ejecutarse. Yendo hablando en sus torpezas, oyeron al pasar por el colegio los golpes de los azotes, los suspiros que rompían los aires é interrumpían el silencio de la noche; detuviéronse, y viendo lo que era, admiraron la asperaza y el rigor; repararon en lo que veían y en lo que iban á hacer, y dijo el uno al otro: «¿qué es esto, que se esté azotando tan rigurosamente aquel santo religioso, no habiendo por ventura ofendido á Dios mortalmente en su vida, y nosotros á la misma hora y cargados de pecados, vamos á ofender á Dios de nuevo tan gravemente? ¿Pensáis que ha sido esto acaso? Sin duda Dios nos trujo por este puesto en la ocasión que vemos, para reducir con este ejemplo nuestra dureza: no pasaré de aquí; antes procuraré mañana saber quién es este religioso, para ofrecerme por suyo, y pedirle que me encomiende á Dios». El compañero no estaba fuera del mismo pensamiento: volviéronse confusos á sus casas. El dia siguiente vinieron al colegio, preguntaron con disimulación por el morador de la postrera celda del dormitorio. Era la de Fr. Luis de Granada, el águila del colegio, el de mayores letras y virtudes. Quedaron con él á solas, echáronse á sus piés, y quisiéronselos besar. Retiróse el humilde religioso, contáronle el suceso, suplicáronle los recomendar á Dios. Quedó corrido Fr. Luis del descubrimiento de su penitencia; procuró de allí adelante mayor secreto, y esconderse de los ojos de los hombres.»

Los estudios del colegio de Valladolid tenían un período señalado, despues del cual los colegiales se restituían á sus respectivos conventos, y se dedicaban por regla general á la enseñanza. Fr. Luis volvió á Granada, y allí, y en otras varias casas de la misma orden en su provincia de Andalucía, desempeñó en calidad de lector varias cátedras de filosofía y teología, distinguiéndose tan señaladamente en ellas, que muy en breve recibió el grado de maestro en teología, el cual le fué conferido por Fr. Vicente Justiniano, despues Cardenal, y á la sazón Maestro General de la orden, y confirmado por el capítulo general de la misma, celebrado en Bolonia en 1564. Mas no hallando en aquel ejercicio un campo bastante dilatado para el celo que lo devoraba, ni pábulo suficiente á su laboriosidad y aplicacion, resolvió consagrarse á la predicacion, y se dispuso cuidadosamente á tan grave ministerio, acudiendo á las fuentes de donde la palabra de Dios saca toda su fuerza, y sus legítimos y propios adornos. Aunque las Sagradas Escrituras y los Santos Padres componían el círculo de sus estudios y meditaciones, dió especial preferencia á las profecías de Jeremías y á las obras de San Juan Crisóstomo, como mas análogas al temple de su ánimo, y mas en armonía con las dotes peculiares de su estilo. La primera escena de sus triunfos en esta carrera, fué la misma ciudad de Granada, donde sus sermones hicieron tanta impresion en la opinion pública, que no solo concurría á oírlos inmenso gentío de todas clases y profesiones, sino que llevaron la luz del convencimiento á muchos corazones rebeldes, y contribuyeron eficazmente á la reforma de las costumbres, harto estragadas allí en aquel tiempo, á efecto de las raices que habia dejado el mahometis-

mo, y de los desórdenes licenciosos que traen siempre en pos de sí la guerra y la conquista.

La elocuencia sagrada no habia caído aun en la corrupcion y abastardamiento que dieron lugar un siglo despues á una de las sátiras mas amargas que han provocado jamas los extravíos del mal gusto literario. Todavía no habian penetrado en el púlpito el gongorismo, la falsa erudicion, ni la afectacion pedantesca. La predicacion era sencilla, clara, sincera y piadosa. A veces degeneraba en vulgar y tosca; la correccion y la elegancia no eran sus dotes sobresalientes, ni sus triunfos se graduaban por los aplausos que se dan á los periodos sonoros y á las imágenes poéticas, sino por las conversiones que hacia, y el arrepentimiento y devocion que inspiraba. Del acierto con que Fr. Luis de Granada desempeñó aquellas altas funciones, habla en los términos siguientes su historiador Fr. Jerónimo Joannini: «Su predicar fué de hombre evangélico, no mirando á otra cosa que á hacer ganancia de las almas, y plantar en el pecho humano el amor del cielo. Tuvo la voz clara, suave y dulce; no le era necesario desear suavidad y enerjia para deleitar, porque sus palabras casi eran armónicas y penetraban los entendimientos que las oían. Mostró ser docto, pudiendo enseñar, y sabiendo dar á entender lo que queria, tan sazónada y aseadamente cuanto era necesario, conforme á la calidad de los oyentes. Sus conceptos eran todos sacados de la Escritura Sagrada, y los mas escogidos de los Santos Padres, latinos y griegos, y tejía de ellos la guirnalda de su decir, no ménos que si fuesen flores entre los conceptos. Su estilo fué puro, limpio; sencillo, mas alto; llano, mas significador; grave, mas agraciado; florido, mas cristiano, y no le faltando cosa alguna, pudo fácilmente arrebatarse los corazones, y hacer aquel fruto que confiesan todos haber sido grande en toda partes. Acomodábase diestrisimamente á todos los géneros, y en todo argumento usaba lo que convenia, enseñando lo que era docto y facil igualmente. Increpando el pecado y el vicio, echaba llamas de la cara, y mostraba horror, que desmayaba y asombraba al pecador. Hablando de los misterios y beneficios que nos ha hecho Dios, con vivos y naturalísimos colores los ponía presentes. Razonando del cielo y de los santos, arrebatava los corazones, y consigo los levantaba en alto. Tratando de nuestra miseria, veíase quedar en nada. Exhortando á la conversion, salían las palabras todas amorosas, abrasadas y penetrantes con que se movían los mas duros corazones. Gastó en este ejercicio mas de cuarenta años en los púlpitos mayores de toda España: dejólo por la vejez y achaques.»

Pocos años habia residido Fr. Luis en Granada despues de su salida del colegio, cuando el extraordinario crédito que le habian granjeado sus virtudes, su saber y su elocuencia, le merecieron un testimonio glorioso de la confianza que inspiraba á sus superiores. Hallándose el General de la orden de Santo Domingo visitando los conventos de España, y noticioso del abandono y ruina en que se habia sumido el convento de Scala Coeli, situado en las montañas de Córdoba, nombró á Fr. Luis Prior de aquella casa: nombramiento que equivalía al encargo de fundarla de nuevo, ya que su degradacion habia llegado al extremo de no haber quedado allí mas que paredes, ni tener otros habitantes que los rebaños que en ellas se guarecian. Ligábase á esta fundacion grandes y piadosos recuerdos, y daban sumo realce en la imaginacion de los devotos al estado deplorable de la casa y de la iglesia, los portentos que se referían de sus ruinas, de los gemidos que en ella se oían, y de las visiones que en sus ventanas destruidas se presentaban. Unidas estas circunstancias á lo áspero y montañoso del sitio, y á la profunda y lóbrega soledad que en torno reinaba, concurrían de consuno al vivo interes con que la orden entera miraba aquella joya deslustrada de su corona, y á sus ardientes deseos de verla restituida á su antiguo esplendor. Además la historia de su fundacion ofrecía un asunto de tanto interes para las opiniones reinantes á la sazón, que no podemos abstenernos de referirla en este lugar, con la mayor brevedad posible.

Fr. Alvaro de Córdoba, religioso de la misma orden de Predicadores, habiendo adquirido gran renombre por sus trabajos apostólicos en España, Italia y Jerusalem, mereció ser llamado á la Corte de Juan II de Castilla, y ser nombrado confesor de aquel monarca. Pero su afición á la vida contemplativa, el desprecio con que miraba las cosas de este mundo, y sus ardientes deseos de consagrarse totalmente á Dios, lo arrancaron á las turbulencias y desórdenes de palacio, y lo impulsaron á buscar, en escena mas análoga á sus sentimientos, campo mas abierto á los anhelos de su alma. Creyó haber encontrado lo que buscaba, en una áspera soledad, si-

tuada á una legua de Córdoba, en la elevada sierra que por partes circunda á la ciudad, y en donde la soledad, la escabrosidad del terreno, y el ingrato aspecto del paisaje, lo ponian á cubierto de las distracciones de la sociedad humana. Tenia tambien á sus ojos, aquella localidad, la recomendacion de asemejarse á la ciudad del Profeta en su distribucion topográfica. Así es que procuró copiarla en su nuevo establecimiento, imponiendo á los sitios en que se notaban estas analogías, los nombres de Calvario, Cedron, y Monte de las Olivas. Una cueva profunda, labrada naturalmente en la roca, fué á los principios su habitacion; mas habiéndose reunido en breve otros religiosos, á quienes habia atraído la fama de sus virtudes, y á quienes animaba el mismo espíritu de abnegacion y ascetismo, con ellos, y ayudado por cuantiosas limosnas, fundó Fr. Alvaro un convento, donde no solo se observaba escrupulosamente la regla de la Orden, sino donde se practicaban las penitencias mas ásperas, y se trabajaba sin interrupcion en la perfeccion de la vida espiritual. La muerte del fundador no fué parte á enfriar el celo de sus compañeros. Por espacio de un siglo floreció aquel semillero de varones piadosos, con gran edificacion de los habitantes de la provincia. Las causas de su repentina decadencia nos son desconocidas; mas esta decadencia fué tan completa, que cuando Fr. Luis tomó posesion de su priorato, solo encontró allí ruinas y escombros.

No enfrió su ardor esta desconsoladora perspectiva, ni desmayó delante de los obstáculos que se oponian al éxito feliz de la empresa que se le habia confiado. Con las limosnas que le suministró la caridad, y con una buena eleccion de religiosos, dispuestos como él á volver por el honor de la Orden, consiguió restablecer á su esplendor primitivo la casa de Scala Coeli, esparcir su fama por toda la nacion, y propagar las buenas doctrinas y los buenos ejemplos en aquellas escabrosas regiones.

Los deberes de tan arduo ministerio no daban pábulo suficiente á la actividad infatigable de aquella alma privilegiada. Frecuentemente bajaba á la ciudad y á los pueblos comarcanos, para predicar la palabra de Dios y enseñar su doctrina: circunstancia que dió lugar á que cultivasen su trato, se sometiesen á su direccion, y contrajesen con él intimas relaciones de amistad, muchos y muy distinguidos personajes de los que ilustraban entonces las provincias andaluzas: tales fueron el marques de Priego, el conde de Feria, Fr. Lorenzo de Figueroa, obispo de Sigüenza, el P. Antonio de Córdoba, jesuita, y sobre todo, el célebre Maestro Juan de Avila.

Este eminente varon conoció á Fr. Luis en casa del marques de Priego, y desde aquel instante se entendieron y se amaron tiernamente dos hombres tan conformes en vida, letras y santidad. Ardua empresa sería decidir cuál de ellos se aventajaba al otro en estas perfecciones. Si hemos de dar crédito á las tradiciones que se han conservado en aquel pais, Fr. Luis, con la humildad de un verdadero cristiano, reconoció la superioridad del P. Avila, oyó con docilidad sus avisos, y confesó que estos le habian servido de mucho para mejorar la composicion y el estilo de sus sermones.

Ocho años habia pasado Fr. Luis á la cabeza de la comunidad de Scala Coeli, donde compuso algunas de sus mas estimadas obras, cuando, en razon del puesto que ocupaba en la Orden, tuvo que acudir al capítulo provincial de ella, que á la sazón era de grave importancia, no solo por los asuntos que en él debian ventilarse, sino tambien por hallarse presente el duque de Medinasidonia, grandemente estimado por los dominicos, como su generoso favorecedor, y como pariente de Santo Domingo. Los sermones que en estas grandes solemnidades se predicaban, eran, como entonces se decia, de *empeño*, y solo se confiaban á los oradores mas sabios y elocuentes. Uno de ellos fué encomendado á Fr. Luis, y tan acertadamente desempeñó su encargo, y tanta fué la elocuencia que ostentó en aquella ocasion, que el Duque, prendado de orador tan cumplido, exigió del Provincial que le permitiese llevarse consigo á Fr. Luis, para que ejerciese en su palacio de Sanlúcar el alto ministerio en que tan señalados triunfos obtenia. Fr. Luis obedeció el precepto de su superior, quien no pudo negarse á los deseos de tan elevado personaje; mas no duró largo tiempo este paréntesis de su vida conventual y retirada. La servidumbre del Duque, y los concurrentes á sus sermones tanto en Sanlúcar como en otros lugares del mismo señorío, parecian mas dispuestos á escuchar primores retóricos, que la sencilla palabra de Dios, y á prodigar elogios y aplausos al orador, mas bien por los méritos literarios de la composicion, que por la santidad de doctrinas que encerraba; se disgustó

sobremuera de su nueva ocupacion, y deseaba con ansia ponerle término. Ofrecióse muy en breve para esto una ocasion oportuna. Hacia mucho tiempo que se trataba de fundar un convento de dominicos en Badajoz, y mostraban mucho interes en esta empresa tanto los padres de la provincia de Andalucía, á cuya jurisdiccion deberia pertenecer aquella casa, como el duque de Medinasidonia, y los demas bienhechores de la Orden. Fr. Luis se ofreció espontáneamente á la ejecucion de este designio, para el cual se necesitaban cuantiosas limosnas, y una voz elocuente y eficaz que las arrancase á la piedad de los hombres. Aprobada su idea por los superiores, se trasladó á Extremadura, y comenzó su tarea con tan feliz éxito, que en breve tiempo se concluyó el edificio, y reunió la comunidad, compuesta de los religiosos que el mismo Fr. Luis habia escogido entre los de su provincia. Allí fué donde compuso su célebre *Guia de Pecadores*, libro que se propagó rápidamente por toda Europa, y mereció á su autor ilustres testimonios de aprecio y admiracion.

Llena ya Castilla de su nombre, pasó al reino vecino, donde el infante cardenal D. Enrique, hijo del rey D. Manuel, y nieto, por su madre Doña María, de nuestros Reyes Católicos, ocupaba la silla arzobispal de Evora, despues de haber ocupado algunos años la de Braga. Este personaje deseó tener á su lado al insigne varon, de quien tan grandes cosas oia, y cuyas obras le habian hecho conocer que no habia exageracion en aquellos elogios. A instancias suyas, el provincial mandó á Fr. Luis que se trasladase á Evora, donde fué acogido con las mas vivas demostraciones de afecto por el Infante, y donde empezó, á pocos dias de su llegada, á ejercer su favorito ministerio de la predicacion, con el mismo fruto que habia obtenido en todas partes. Tal fué la popularidad que adquirió entre los portugueses, y tan firme y afectuosa la amistad del Infante, que, no pudiendo este decidirse á separarse de un hombre de tan amables y relevantes prendas, ni privar á sus ovejas de la doctrina que con tanto acierto les enseñaba, pidió y obtuvo la traslacion de Fr. Luis á la provincia dominicana de Portugal, con lo que le abrió una nueva carrera de ascensos y de ilustracion, sin privar por esto á la literatura y al idioma de Castilla de las joyas con que siguió enriqueciéndolos.

En efecto, á los pocos años de residencia en Portugal, en el de 1557, habiendo vacado el provincialato á que estaban sujetos todos los conventos de aquel reino, reunidos en el célebre de Batalla los electores, entre los cuales se contaban varones eminentes en ciencia y virtudes, Fr. Luis de Granada, no obstante su calidad de extranjero, fué elegido provincial, cuya dignidad renunció con porfiado empeño, no admitiéndola, por último, sino cuando ya no tuvo nada que oponer á los ruegos é instancias de su ilustre amigo D. Enrique.

En el desempeño de sus nuevas funciones, se portó como en todos los oficios y cargos que hasta entonces habia servido, nunca satisfecho con el cumplimiento estricto del deber, sino aspirando á lo mejor, y procurando ensanchar la esfera del bien, á cuya extension podia contribuir. Entre los adelantos que recibió la provincia bajo su gobierno, se cuentan la trasformacion del vicariato de Santa María de la Luz de Pedrogaon, en convento vasto y bien construido; la fundacion del convento de San Antonio, en Montemayor el Nuevo, rica y floreciente poblacion de Alentejo, y la agregacion del monasterio de Ansele al convento de Santo Domingo de Lisboa, negocio grave, y de mucha importancia para la Orden, y del cual no habria podido salir airoso sin la decidida proteccion de la reina de Portugal Doña Catalina, esposa de D. Juan III, é hija de D. Felipe I de España.

Esta virtuosa princesa, no solo eligió á Fr. Luis por confesor; no solo consultaba con él los mas graves negocios del Estado, sino que, falleciendo á la sazón D. Fr. Baltasar de Lempo, arzobispo de Braga, se resolvió á conferir aquella mitra en una persona que por tantos titulos la merecia. Esta resolucion no se habia manifestado de un modo auténtico y positivo, cuando era sabido ya en toda la nacion, recibida con aplauso por el público, y con desazon por los amigos de Fr. Luis, los cuales, conociendo la mansedumbre de su carácter, y la bondad de su corazon, temian que sufriese graves contratiempos y amarguras en una ciudad notoria por la depravacion de costumbres de sus habitantes. En este sentido le escribió su especial y digno amigo Fr. Bartolomé de los Mártires, prior á la sazón del convento de Benfica, rogándole encarecidamente que no aceptase un cargo tan espinoso y que con tantas amarguras lo amenazaba.